**Domingo 10º del TO Ciclo B (10.06.2018): Marcos 3,20-35.**

***“Estar sentado en corro con Jesús”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Por fin. Después de varios meses volvemos a ser conscientes de que domingo a domingo seguiremos leyendo en orden el llamado ‘Evangelio de Marcos’. Desde el comienzo de la Cuaresma hasta el final del tiempo de Pascua, nuestra Iglesia católica nos ha seleccionado los textos evangélicos según el esquema de sus dogmas teológicos sobre la persona de su Jesús de la Religión y no tanto sobre aquel Jesús de Nazaret. Entre ambos ‘Jesús’ hay claras diferencias.

Vueltos ya al ‘Tiempo Ordinario’ de cada domingo, retomamos el relato de Marcos en una de sus más espléndidas palindromías, literarias y teológicas: **Marcos 3,20-35**. Palindromía hilada en tres breves unidades. A: La familia de Jesús de Nazaret no le entiende (3,20-21); B: Los hombres de la Religión del Templo de Jerusalén creen que Jesús es Satanás (3,22-30), y C: La familia de Jesús de Nazaret es quien escucha y acoge su mensaje (3,31-35). A B A. Como ANA.

Recuerdo que el ya lejano día cinco de marzo del año pasado comenté este mismo texto nacido de las neuronas de la Evangelista María Magdalena. Toda esta secuencia narrativa sucede en la casa de Jesús en Galilea. Una casa que no es ni sinagoga ni templo como el de Jerusalén. Se trata de una casa de familia como cualquier otra casa y en cualquier otra familia y de cualquier otra sociedad.

Las gentes de esta casa de familia reconocen que Jesús se ha vuelto loco. Nos tendremos que preguntar ¿por qué han llegado a esta conclusión? ¿Qué ha hecho su pariente Jesús para haber perdido ‘la cabeza’? Por otro lado, las gentes de ‘la casa de la religión judía’ reconocen que este Jesús de Nazaret es un Satanás porque se ha atravesado en el camino y el espíritu de la religión de la Ley de Moisés, del Templo de Jerusalén y de su Sacerdocio con todas sus instituciones, tradiciones, festividades, liturgias y espiritualidades.

En la unidad central de esta palindromía (3,22-30) está presentado con toda nitidez el enfrentamiento irreconciliable entre las dos experiencias y expresiones de la fe dentro del mismo judaísmo: la experiencia y expresión religiosa de los ‘escribas llegados de Jerusalén’ hasta la casa de familia de Jesús, por un lado. Y por otro lado, la experiencia y expresión de la fe que vive y comparte el laico y galileo Jesús de Nazaret. Este enfrentamiento de ambos espíritus ya estaba vivido, expresado y contado en Marcos 3,1-6. Esto sucedió en la sinagoga.

Dicho y escrito esto, más de uno pensará que aquel Jesús de Nazaret estaba solo frente a unos y otros, la familia y la religión. Sin embargo, la mano narradora está expresando una realidad sorprendentemente novedosa: *“Mirando* [Jesús] *a los que estaban sentados en corro a su alrededor, dice: Estos son mi familia”* (3,34). La revolución espiritual se llama: estar sentado y en corro con aquel Jesús, a quien hasta hoy seguimos acogiendo en… ¡su Evangelio!

Por más que leo y releo no encuentro otro ‘sacramento’ que este ‘estar en corro con Jesús’. Y esto mismo…, ¿no es aquello de Juan 13,35: “amaos unos a otros”? ¿No es también aquello de Mateo 18,20: “donde están dos reunidos allí estoy”? ¿Y no es también aquello de Lucas 17,21: ‘el reinado de Dios está ya en vosotros’? Toda religión organizada acaba chocándose con Jesús.

**Domingo 28º de Lucas (10.06.2018): Lucas 9,18-36.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

En no hace demasiados comentarios sobre este Evangelio dije que este narrador Lucas solía escribir con una deliberada precisión-imprecisión literaria. Vuelvo a constatar que este dato está presente en el comienzo del texto que ahora comentaré: *“Y sucedió que mientras Jesús estaba…”* (Lucas 9,18). Y un poco más tarde escribe: *“Sucedió que unos ocho días después de estas palabras…”* (Lucas 9,28). Y vuelve a escribir: *“Sucedió que al día siguiente, cuando bajaron del monte”* (Lucas 9,37). Y una cuarta vez escribe: *“Sucedió que…”* (Lucas 9,51).

Este recurso narrativo recibe el nombre de ‘anáfora’ (llevar en la frente, por delante). En cambio, se llama ‘catáfora’ (llevar en la espalda, por detrás) si una expresión se vuelve a repetir al final de una serie de apartados o párrafos de texto. Con ambos recursos literarios se pretende distinguir y, a la vez, relacionar una serie de mensajes, hechos, personajes…

En el presente comentario me detendré en los dos apartados primeros de esta serie de cuatro. El primer ‘sucedió’ (9,18-27) está relacionado con una pregunta ya formulada anteriormente y que vuelve a formularse aquí de nuevo: **¿Quién es este Jesús de Nazaret?**

El segundo ‘sucedió’ (9,28-36), curiosamente, viene a ser una respuesta más, nueva, sugerente, simbólica… a la pregunta que nos baila dentro y fuera de cada persona que en algún momento nos acercamos a Jesús y acabamos por interrogarnos y respondernos.

Dicho así de sencillo nos preguntamos, **¿quién es Jesús de Nazaret?,** y nos respondemos, como si se tratara de un catecismo bíblico, que **Jesús es el mesías**. Y he escrito mesías en minúsculas todas sus letras, porque el mensaje sobre este ‘mesianismo’ de Jesús está bien clarificado y especificado en este contexto de Lucas, en todo su Evangelio y en todos los otros Evangelios que ‘el mesianismo’ de aquel hombre fue servir y nunca mandar. Es decir, nunca se creyó ni aceptó ser ‘sagrado, separado, consagrado, ungido, elegido, distinguido, único’.

Releemos una vez más ‘el primer sucedió’ de 9,18-27 y relacionamos estos datos del relato de Lucas: Jesús está en oración y nada se nos dice acerca de cómo ora, qué recita, qué medita… Parece que orar es, aquí, discernir qué es ser mesías y cómo explicárselo a sus seguidores de entonces y de siempre: ¿Quién decís que soy yo? Y… *“Pero les ordenó enérgicamente que no dijeran esto a nadie”*. Este Jesús del que habla Lucas no era ‘El Cristo de Dios’ que se esperaba.

Releemos una vez más ‘el segundo sucedió’ de 9,28-36 y constatamos que Jesús de nuevo sube al monte a orar que es como volver a discernir qué es ser mesías o Mesías ante él mismo, ante los suyos y ante la historia, la pasada y la por venir. Parece ser que, para este Evangelista, orar y discernir acaba por ‘situar a la persona en su sitio’. Así, este Jesús de Lucas no es el nuevo Moisés que sostiene la Ley ni es el nuevo Elías de los Profetas. Jesús es laico de Galilea.

 Jesús de Nazaret es un ser humano, persona, hijo de Dios, como toda persona y todo ser humano. ¡Va a ser posible que nos veamos y escuchemos así, como personas, todos. Tú y yo!